

El primer franquismo*

Ismael Saz
Universitat de València

Permítaseme iniciar mi exposición formulando una breve reflexión acerca del periodo cronológico a que se refiere. Aunque se le ha asignado el título de *primer franquismo*, mi intervención se centrará en el periodo 1936-1945. No sé muy bien por tanto si ésta es la época que se espera ver abordada bajo el enunciado de primer franquismo ni creo tampoco que sea este el momento de debatir el problema de la periodización. Pero querría hacer explícitas las razones que me han conducido a esta opción cronológica. En primer lugar, es en esos años cuando la dictadura se construye y configura dentro del contexto, nacional e internacional, en el que ha surgido. En segundo lugar, considero que, consecuentemente, es entonces cuando las principales referencias en términos comparativos cobran todo su sentido y significado. Finalmente, opino que, por todo ello, es a partir del conocimiento en profundidad de ese periodo como podremos aquilatar lo que la evolución posterior del régimen debe al contexto internacional y lo que debe a su propia dinámica interna; lo que tiene de adaptación a una nueva situación en la que sus tempranos aliados y puntos de referencia han resultado derrotados, y lo que obedece a su propia “naturaleza”.

1. “Revolución nacional”, parafascismo y fascistización.

De conformidad con lo dicho, considero que el régimen de Franco debe ser estudiado en comparación con las dictaduras de derecha de aquella época, con la alemana y la italiana, por supuesto, pero también, con la portuguesa y la austríaca, la rumana o la Francia de Vichy. En sus líneas más generales, este marco comparativo puede ser definido en razón de tres supuestos fundamentales. El primero de ellos es, posiblemente, el de más fácil enunciación: les llamemos como les llamemos estos regímenes tenían en común su carácter antiliberal y antimarxista, su negación de los valores básicos del siglo XIX y su legitimación como “revolución nacional”.¹

El segundo supuesto estriba en el reconocimiento de que en la estructura de poder de todas estas dictaduras participaban, en general, los mismos sectores sociales, políticos e institucionales. En este sentido, la noción de compromiso autoritario, que ha podido ser aludida en las distintas historiografías como alianza contrarrevolucionaria, coalición reaccionaria o cartel de poder, parece esencial. Los medios de negocios, el ejército, las distintas Iglesias, las burocracias, el componente fascista, y la figura de un dictador –a veces epónimo– están de uno u otro modo presentes en todos estos regímenes².

¹ Cfr., Z. STERNHELL, *The Birth of Fascist Ideology*, Princeton, 1994, pp. 250-258.

² Véase, PH. BURRIN, “Politique et société: les structures du pouvoir dans l’Italie fasciste et l’Allemagne nazi”, *Annales*, 1998 (3), pp. 615-637.

El tercer supuesto se refiere al hecho de que en el periodo de entreguerras el fascismo se constituye en un punto de referencia fundamental para todo tipo de corrientes políticas e ideológicas en la línea señalada por el Nolte del “fascismo en su época”. Lo es, por supuesto, para los propios fascistas y sus émulos y lo es para sus enemigos, gran parte de los cuales se reconocen precisamente en el término “anti-fascismo”. Pero lo es también para muchos sectores conservadores y reaccionarios que mantendrán con el fascismo una relación de atracción-repulsión, identificación-distanciamiento y alianza-rivalidad. En este contexto, muchos sectores de la derecha conservadora y reaccionaria, además de buena parte de los regímenes por ella promovidos, buscaron en diverso grado inspiración en el fascismo, en su retórica y elementos de legitimación, en su eficacia contrarrevolucionaria, en algunas de sus instituciones y en sus formas de organización y control social.

En función de los tres supuestos indicados podríamos englobar a todas estas dictaduras en la categoría de fascismo. Como sabemos, esto se hace frecuentemente a partir de la identidad de la “función social” o de la coalición en el poder, como hace cierto marxismo, o por la propia dilatación de los contenidos ideológicos del fascismo, como hizo Nolte y recogerían también importantes sectores marxistas. Desde mi punto de vista, sin embargo, tan importante como apuntar los mencionados supuestos generales es incidir en sus elementos específicos y diferenciales. Así, entiendo, en primer lugar, que la “función social” del fascismo, si es que tiene alguna *predeterminada*, no puede reducirse, como quería la Tercera Internacional, a la de simple reacción antiproletaria o mero salvador del capitalismo. En segundo lugar, la semejanza en cuanto a los integrantes del compromiso autoritario no debe obviar en modo alguno el estudio individualizado de sus componentes, las diferencias en cuanto a los objetivos que persiguen, el peso relativo de cada uno de ellos, la localización del elemento dinámico de la coalición ni, en fin, la evolución del propio régimen como *resultante*. Finalmente, creo que estudios como los de G. Mosse, Z. Sternhell, R. Griffin o E. Gentile, entre otros, han permitido restituir a la ideología el papel central que le corresponde en la formación y desarrollo de los movimientos y regímenes fascistas.

¿Cómo caracterizar entonces a este tipo de regímenes en general y al franquismo en particular? Como se sabe, la conceptualización que ha recogido un mayor consenso en oposición a la aplicación generalizada del concepto de fascismo es la de los regímenes autoritarios de J.J. Linz. Sin embargo, esta aproximación es tan genérica e indiferenciada como la anterior. Dice mucho acerca de lo que estos regímenes no fueron, pero poco acerca de lo que fueron. Es ahistórica en el mismo sentido que puede serlo la de “bonapartismo” y descansa en una teoría, la del totalitarismo, sumamente discutible³. Como se sabe también, este fue el punto de arranque de un largo y enconado debate sobre la naturaleza del franquismo.

Lo que me interesa subrayar ahora, sin embargo, es que en lo relativo al franquismo mismo los elementos de acuerdo son mayores de lo que con frecuencia se supone. Así, el mismo Linz puede aludir a los regímenes franquista, rumano o el de Vichy como “autoritarios con componente fascista”⁴. Desde una perspectiva similar, S. Payne apunta la existencia de una fase semifascista (1936-1945); y Tusell habla de “tentación fascista” para ese mismo periodo, aunque diferenciando dentro de él una primera fase “semifascista” y otra sucesiva “seudofascista”⁵. Por otra parte, quienes

³ Me he ocupado de ello en “El franquismo ¿Régimen autoritario o dictadura fascista?”, en *El régimen de Franco (1936-1975)*, Madrid, 1993, t. 1, pp. 189-201.

⁴ J.J. LINZ, “La crisis de las democracias”, en *Europa en crisis, 1919-1939*, Madrid, 1991, pp. 231-280.

⁵ J. TUSELL, *La dictadura de Franco*, Madrid, 1988, pp. 247 ss.

señalan el carácter fascista de la dictadura franquista apuntan con claridad hacia algunas peculiaridades –como la fuerte presencia del ejército y la Iglesia–, y recurren con cada vez mayor frecuencia a una limitación cronológica. Así, por ejemplo, N. Tranfaglia hablará del franquismo como una variedad de fascismo con características propias “*al menos*” durante el primer decenio⁶; y A. Botti apunta ese mismo carácter fascista “*al menos*” hasta 1942-43⁷. En suma, podría señalarse la existencia de un cierto consenso que situaría al franquismo, bien entre los más fascistas de los regímenes que no lo eran, bien como el menos fascista y más “peculiar” de los que lo eran.

Pero este “consenso”, aun cuando útil como punto de referencia, es insuficiente. Porque lo que nos interesa no es tanto ponerle nombre a la cosa, cuanto dotarnos de los instrumentos conceptuales necesarios que nos ayuden a explicarnos la naturaleza, dinámica y evolución de los procesos históricos; en este caso, de los regímenes que estamos analizando. Creo, en este sentido, que el mejor esfuerzo de conceptualización al respecto es el llevado a cabo por R. Griffin. Para éste el franquismo entraría dentro de la categoría de “para-fascismo” entendiendo por esto unos regímenes contrarrevolucionarios en los que el poder es detentado por las élites tradicionales y los militares pero que adoptan una fachada populista y toda una serie de instrumentos de organización y control propios de las dictaduras fascistas. Estos regímenes, siempre insuficientemente populistas, nacionalistas y palingenésicos, podrían cooperar con los movimientos fascistas genuinos pero con el firme propósito de desnaturalizarlos, cooptarlos y, en última instancia, neutralizarlos⁸.

En una dirección similar, aunque incidiendo simultáneamente en el problema de la naturaleza de la coalición o alianza informal en el poder y en lo que había de genuino en la fascistización de las élites tradicionales, he abogado por una caracterización de estos sistemas políticos como dictaduras fascistizadas⁹. En lo que aquí nos interesa, la conceptualización del franquismo como régimen fascistizado tiene las siguientes implicaciones: Primero, subraya el alcance del proceso de fascistización de los conservadores españoles. Segundo, parte del supuesto de que fascistas, conservadores y fascistizados fueron exponentes en diversos momentos y grados de intereses económicos y sociales que perseguían objetivos comunes, pero también otros claramente diferenciables y frecuentemente contrapuestos. Tercero, pretende dar cuenta de la imposición, configuración y evolución de la dictadura franquista como *resultante* de un proceso en el que los diversos componentes del compromiso autoritario pugnarán por imponer su propia hegemonía. Finalmente, considera que esa dictadura franquista como *resultante* descansó en la derrota del partido fascista en tanto que tal y el éxito de aquellos sectores de las elites tradicionales más claramente fascistizados.

En lo que resta de exposición procuraré poner de manifiesto el modo en que estos procesos se verificaron. Intentaré demostrar asimismo que la evolución de conjunto puede y debe ser explicada desde la aproximación al conocimiento de la sociedad española de la época; eludiendo el recurso a lo que esa sociedad **no era**, implícito en las construcciones funcionalistas derivadas de la teoría de la modernización.¹⁰ A partir de ahí, trataré de probar que las claves fundamentales de

⁶ N. TRANFAGLIA, *Il Labirinto italiano*, Florencia, 1989, p. 33.

⁷ A. BOTTI, “Franchismo” en *Il fascismo. Dizionario di storia, personaggi, cultura, economia, fonti e dibattito storiografico*, A cura di A. De Bernaldi y S. Guarracino, Milán, 1998, pp. 313-314.

⁸ R. GRIFFIN, *The natura of fascism*, Londres-Nueva York, 1993, pp. 120 ss.

⁹ I. SAZ, “El franquismo...”, op. cit., y, del mismo, “Les peculiaritats del feixisme espanyol”, *Afers*, n. 25 (1996), pp. 623-637.

¹⁰ Me refiero especialmente a aquellas construcciones que apuntan al objetivo de fondo, fascista, de la dictadura de conseguir la desmovilización e integración forzada de las clases populares, pero que explican las diferencias con otros fascismos en función del nivel de industrialización y la mayor o

evolución de la dictadura se hallan en los factores y contradicciones internas mucho más que en las eventuales adaptaciones al –o influencias del- exterior. Para evitar los riesgos implícitos en toda construcción teleológica me detendré en el estudio diferenciado de tres periodos claves del proceso: la II República como terreno de formación y delimitación de las distintas estrategias anti-democráticas; la Guerra Civil, en la que se asientan algunas de las bases fundamentales del nuevo régimen; y la Guerra Mundial en la que tendrán lugar las pruebas decisivas que fijarán de modo estable la correlación de fuerzas en el seno del compromiso autoritario.

2. Fascistización y fascismo en la II República

Si en algo hay unanimidad en la historiografía sobre la España republicana es en lo relativo al clamoroso fracaso del partido fascista –FE de las JONS– y al extraordinario alcance del proceso de fascistización experimentado por la mayoría de las fuerzas conservadoras. Aunque ambas cosas constituyen en cierto modo las dos caras de una misma moneda, conviene tratarlas por separado.

Del proceso de fascistización de la derecha conocemos bastante bien tanto su alcance como sus límites. Los monárquicos agrupados en torno a Renovación Española y Acción española se inspiraron directamente en *Action Française*. Pero se esforzaron en tomar del fascismo todo lo que este aportaba como técnica contrarrevolucionaria, actualización antidemocrática y modelo institucional de Estado autoritario. La CEDA descubrió igualmente mucho de aprovechable en el fascismo: su eficacia anti-revolucionaria, anti-marxista y anti-parlamentaria, así como su capacidad para encuadrar a las masas. Las prevenciones anti-modernas de los tradicionalistas limitaron, aunque no del todo, su atracción por el fascismo¹¹. Pero se trataba de una fascistización que se detenía ante algunos de los elementos esenciales, definidores, del fascismo: su populismo y nacionalismo extremos. El populismo de la CEDA y los tradicionalistas se refería al “pueblo católico”, y su nacionalismo chocaba con su clericalismo y prevenciones antiestatistas. Los monárquicos no eran populistas y su nacionalismo tenía el límite estructural de su fidelidad casi absoluta a las clases dominantes y élites tradicionales de poder.

menor presencia en el proceso de las clases medias. De este modo se ha llegado a establecer una diferenciación entre *fascismos totalitarios*, como el alemán y el italiano, y *fascismos autoritarios*, como el español. Cfr., G. GERMANI, *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*, Bolonia, 1975. En una dirección similar, E. Collotti ha diferenciado entre los “fascismos clásicos” y otros, como el español, caracterizados por la fuerte presencia de la Iglesia y el peso determinante de los sectores tradicionales (fuerzas armadas y fuerzas sociales dominantes) en detrimento de la forma autónoma de un amplio movimiento de masas. Cfr., *Fascismo, fascismi*, Florencia, 1989, p. 115. Incidiendo en la misma línea de los sustitutos funcionales, Luciano Casali ha situado las raíces del fascismo español en la Iglesia católica; y Nicola Tranfaglia ha apuntado a la ausencia relativa de clases medias modernas como explicación de la presencia sobredimensionada del ejército. Véase, respectivamente, L. CASALI, *Per una definizione della dittatura franchista*, Milán, 1990, p. 22; y N. TRANFAGLIA, *La prima guerra mondiale e il fascismo*, Turín, 1995, pp. 659-662. C. Molinero y P. Ysas – *El règim franquista*, Vic, 1992, pp. 32-33–, en cambio, atribuyen a la existencia misma de la guerra civil esa “singularidad del fascismo español” consistente en el protagonismo de los militares y el tradicionalismo católico.

¹¹J. JIMÉNEZ CAMPO, *El fascismo en la crisis de la II República*, Madrid, 1979; J. R. MONTERO, *La CEDA. El catolicismo social y político en la II República*, Madrid, 1977; R. MORODO, *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid, 1985; M. BLINKHORN, *Carlismo y contrarrevolución en España*, Barcelona, 1979.

Globalmente considerado este proceso de fascistización fue exitoso en dos sentidos fundamentales. Primero, porque vino a delinear el núcleo ideológico fundamental del futuro franquismo. Segundo, porque de algún modo pudo utilizar en beneficio propio la atracción del fascismo, neutralizando así, en parte, el potencial de crecimiento del propio partido fascista. Pero todo ello no evitó el fracaso político de la derecha en la España republicana. Fracasó su gran partido de masas, la CEDA, cuya estrategia electoralista vino a estrellarse con el triunfo del Frente Popular en febrero de 1936. Fracasaron los tradicionalistas, incapaces de desencadenar por sí mismos la *cuarta guerra carlista*. Los que estuvieron más cerca del éxito fueron los monárquicos alfonsinos en tanto que partido del golpe de Estado. Pero el golpe de Estado del 18 de julio de 1936 fracasó también, al menos parcialmente. Por eso hubo guerra civil.

Por supuesto, fracasó también rotundamente, como decíamos, el partido fascista: incapaz de ganar la batalla de la calle, de convertirse en partido de masas, de superar unos resultados electoralmente ridículos y de llevar a cabo cualquier intento insurreccional. Al final tuvo que apelar, como los demás, al ejército. Pero este es un hecho decisivo para entender el franquismo: fue el fracaso del partido fascista, junto con el del resto de la derecha, el que propició la guerra civil, y no al revés. De ahí que no tenga mucho sentido explicar la “peculiaridad del fascismo español” desde el argumento de que la guerra civil, asentando el protagonismo del ejército, impidió o hizo innecesaria la existencia de un partido fascista fuerte. Fue justo lo contrario.

¿Por qué fracasó el partido fascista en la España republicana? Hay, por supuesto, muchas razones, además de la ya mencionada, en las que no vamos a entrar aquí. Pero sí puede hablarse taxativamente de una razón o factor, frecuentemente aludido, que no fue tal: la idea, vinculada a la tesis del atraso, de la inexistencia o suma debilidad de las clases medias “modernas” en la España de la época. No digo que estas clases medias fueran sumamente modernas y poderosas. Pero sostengo que no lo eran menos que las italianas de quince años atrás. Clases medias modernas existían en Cataluña y el País Vasco, en Madrid y el País Valenciano, así como en otras zonas. El problema no es, pues, que estas clases medias no existieran sino que se comportaron políticamente de modo distinto a las italianas o alemanas. Fueron en gran parte nacionalistas en Cataluña o el País Vasco, mientras que un sector en absoluto despreciable de las mismas se alineó con el republicanismo de izquierdas en el resto del país. El caso de Cataluña es, desde este punto de vista, revelador. No creo que las clases medias catalanas tuvieran mucho que envidiar en modernidad o capacidad de articulación a las del valle del Po. Simplemente se alinearon con el nacionalismo o el republicanismo de izquierda en lugar de hacerlo con el fascismo. Y no hace falta mucha imaginación para deducir lo que habría sucedido con el fascismo en Italia si las clases medias del valle del Po se hubieran comportado políticamente como las catalanas.

En realidad, no hay ninguna necesidad de recurrir a grandes claves de interpretación para explicar **lo que no pasó**. No hay ninguna ley histórica que exija la presencia, en todas partes, de un fuerte partido fascista. De hecho es más excepcional que un movimiento fascista se convierta en partido de masas que no su contrario. Es precisamente esta obcecación en explicar **lo que no fue**, en lugar de los procesos que efectivamente tuvieron lugar, lo que explica que hayamos mirado en todas las direcciones en nuestro esfuerzo comparativo –aunque yo diría, de *homologación forzada*– menos en aquella que habría que haberlo hecho: hacia Francia. En efecto, hechas todas las salvedades que se quiera a propósito de las diferencias entre las sociedades española y francesa y reteniendo esa especificidad española constituida por los nacionalismos periféricos, la nota más sobresaliente es que, en lo fundamental, las clases medias españolas se comportaron en los años treinta de un modo muy similar a

las francesas. En Francia, como en España, las clases medias se mostraron en gran parte refractarias al fascismo; en Francia, como en España, un sector fundamental de las clases medias apoyó una alianza interclasista que recibiría el nombre de Frente Popular. En ambos países, a diferencia de lo acaecido en Italia o Alemania, el grueso de las clases medias, el electorado burgués, se hallaba dividido entre la izquierda y la derecha.

Tal vez fuera esta la razón de que las democracias francesa y española sólo pudieran ser derrotadas merced a un proceso militar. Externo e indirecto en el caso francés, interno y directo en el español¹². Lo que debe retenerse, en cualquier caso, es que las claves explicativas de estos procesos fundamentales para la definitiva configuración del franquismo deben situarse en la esfera de las contradicciones sociales y comportamientos políticos en la sociedad española, al margen de cualquier construcción funcionalista, estructuralista o “modernizadora”. Dentro de este marco, el hecho sobresaliente es el fracaso del fascismo en la España republicana. La Guerra Civil alteraría sustancialmente esta situación.

3. La guerra que “generó” el partido fascista

Lejos de hacer “innecesario” al partido fascista, la guerra civil propició que el partido fascista español, FE de las JONS, se convirtiera *por primera vez* en un partido de masas. Lo que fue concebido inicialmente como un golpe de Estado se transformó en guerra civil y ésta adquirió progresivamente el carácter de una guerra de masas. El golpe de Estado estaba mucho más próximo a la estrategia de los monárquicos alfonsinos, que habían apostado desde siempre por el recurso al ejército. Mientras la guerra civil se mantuvo dentro del esquema de una guerra limitada, estos se hallaron en una posición envidiable. Estaban mejor situados que nadie en cuanto a las relaciones con la cúpula militar y la rápida dimensión religiosa adquirida por el conflicto se adecuaba bastante bien a su esquema político básico de la alianza del “trono y el altar”. En su favor estaba también que el partido católico, desprestigiado por su táctica legalista, hubiera dejado de contar. Era, además, el grupo mejor relacionado con los poderes económicos identificados con los sublevados. De hecho, se movieron lo suficientemente bien como para favorecer extraordinariamente la unificación del mando militar y político en manos del general, Franco, que parecía mejor dispuesto hacia la Monarquía. Durante los primeros meses del conflicto constituyeron un componente esencial del entorno del “Caudillo”.

Tan pronto la guerra se convirtió en guerra de masas, sin embargo, la situación empezó a favorecer a aquellas formaciones con vocación de política de masas, enemigas declaradas de la democracia liberal y con una estructura y vocación de milicia. Tales eran los tradicionalistas y los mismos falangistas. Pero así como los primeros estaban territorialmente limitados y su discurso político podía parecer pre-moderno y retrógrado a amplios sectores sociales que apoyaban al bando nacionalista, los segundos tenían la

¹² Por supuesto, la situación era distinta en algunos aspectos fundamentales. Pero lo que se quiere subrayar aquí es que la derecha anti-democrática fue incapaz en ambos casos de llegar al poder por medios políticos “normales”. Por otra parte, la historiografía francesa ha incidido reiteradamente en la importancia decisiva de las claves internas en la configuración del régimen de Vichy. Como afirmaba hace más de un cuarto de siglo Robert Paxton –*La Francia de Vichy 1940-1944*, Barcelona, 1974, p. 44–, “la revolución nacional nos habla de Francia, no de Alemania”. O, como se afirma nítidamente en uno de los más recientes, y mejores, libros sobre Vichy: “Le changement de régime ne devait pas nécessairement accompagner le virage de politique extérieure: il était possible de succomber à l’armistice sans faire succomber la république.” Ph. BURRIN, *La France à l’heure allemande, 1940-1944*, París, 1995, p. 20.

ventaja de estar presentes en todo el territorio, la modernidad de su discurso revolucionario y la propia mística fascista de la violencia plenamente acorde con una situación de guerra civil abierta. Ambos se convirtieron en los principales partidos de masas entre los sublevados y pronto quedó claro que ninguna unificación política del bando nacional podía hacerse al margen de ellos. En una palabra, la guerra civil había hecho de los tradicionalistas y sobre todo de Falange un componente imprescindible de la alianza contrarrevolucionaria, del compromiso autoritario. A diferencia de los tradicionalistas, además, Falange tenía una nítida voluntad totalitaria. Esto es, aspiraba, no sólo a conseguir los objetivos, a veces difusos, de la revolución nacional-sindicalista, sino a convertirse en el partido único del nuevo Estado.

Este objetivo chocaba sin embargo con la realidad en varios aspectos. En primer lugar, los relativos a la propia Falange: descabezada, cantonalizada, dividida y arrastrando las debilidades ideológicas y políticas de la fase anterior. En segundo lugar, sus pretensiones totalitarias encontraban la resistencia de todos los demás integrantes de la coalición contrarrevolucionaria: el ejército y su jefe, Franco, la Iglesia, los medios económicos, católicos, monárquicos alfonsinos y tradicionalistas. En este contexto, se delineó una situación que venía a ser la siguiente: la unificación de las fuerzas políticas, por la que todos abogaban, debía pasar necesariamente por Falange, pero nadie salvo los propios falangistas, estaba dispuesto a ceder a ésta el monopolio del poder. La solución que se alcanzó fue en cierto modo la única que podía dar satisfacción a casi todos: una unificación contando básicamente con Falange, sus masas e incluso sus planteamientos ideológicos, pero contra la propia dirección falangista. Tal fue la unificación por decreto en una única entidad política – FET de las JONS.– de falangistas y tradicionalistas, además del resto de las fuerzas políticas. Se trató, como diría Ridruejo, de un golpe de Estado al revés, por el cual el Estado capturaba al partido, con un jefe de Estado que se autoproclamaba Jefe máximo del partido y se disponía a enviar a prisión, cuando no amagaba con la ejecución, a los antiguos dirigentes falangistas, su anterior Jefe Nacional, Hedilla, en primer lugar.¹³

Pero esta no fue una “noche de los cuchillos largos”. Primero, porque la violencia fue mínima. Segundo y fundamental, porque no fue el Jefe del Partido y del Gobierno el que se desembarazó de un ala de su propio partido, sino el Jefe del Gobierno, del Estado, y del Ejército, quien tomó el poder en el partido, sometiendo a las dos alas del partido existente. El resultado fue la subordinación definitiva del partido único a la figura de Franco y su consiguiente neutralización como fuerza autónoma. Pero esto no significaba su desaparición. Más aún, como fuerza domesticada, los falangistas se convertirían en una pieza esencial e insustituible del poder de Franco. Una vez perdida la batalla inicial –sin siquiera haberla combatido, por cierto– a los falangistas no les quedaba más punto de referencia que el propio Franco. Viceversa, Franco tomó enseguida conciencia de que los falangistas podrían convertirse en el sector más fiel y leal a su persona. Además, si toda la operación había sido motivada para conseguir un instrumento de organización y control de masas el propio golpe debía legitimarse con la reintegración de la Falange descontenta. En otras palabras, había que reconstruir los puentes. Esto es lo que se hizo a través fundamentalmente de la figura de un antiguo fascistizado de la CEDA y cuñado de Franco, Serrano Suñer. De este modo,

¹³ Las mejores síntesis recientes del proceso de unificación política se hallan en J. TUSELL, *Franco en la guerra civil*, Barcelona, 1992; P. PRESTON, *Franco. “Caudillo de España”*, Barcelona, 1994; S.G. PAYNE, *Franco y José Antonio*, Barcelona, 1997; y J.M. THOMÀS, *Lo que fue la Falange*, Barcelona, 1999. Me he ocupado de esta cuestión en “Salamanca, 1937: los fundamentos de un régimen”, *Revista de Extremadura*, n. 21 (1996), pp. 81-107.

el partido se convirtió en el núcleo aparente de la vida política y el partido pretendidamente unificado fue, cada vez más, el partido de los antiguos falangistas¹⁴.

Debe subrayarse, por otra parte, que la solución del conflicto supuso también la fijación de otra de las bases definitivas del compromiso autoritario en España: aquella que establecía el primado de lo *técnico* sobre lo *político*, la subordinación del partido al gobierno y la configuración de este último como eje y núcleo de la política del régimen. La constitución del primer gobierno de la dictadura respondió cabalmente a estas claves, apuntando, a la vez, otra de las constantes fundamentales de los gobiernos del franquismo: su carácter de gobierno de coalición. Se trataba, en efecto, de un gobierno en el que estaban representadas, en áreas bien definidas, todas las sensibilidades: lo militar y el orden público para los militares; educación y justicia para los católicos; lo económico para técnicos que podían ser militares, monárquicos, católicos o incluso falangistas, pero siempre bien relacionados con los medios de negocios; y los ministerios “sociales” y el propio partido para los falangistas.

Dentro de este marco, pero siempre dentro de este marco, el régimen *pareció* encarar en los meses sucesivos un decidido proceso de fascistización¹⁵. El Fuero del Trabajo parecía inspirado en el ejemplo de la Carta del Lavoro; se dieron pasos en la línea de la institucionalización del partido con la configuración del Consejo Nacional y la Junta Política; se delinearón proyectos sindicales de inequívoco sentido fascista; se crearon los delegados del partido de distrito, sección y calle; y hasta el propio Franco *pareció* recubrirse de una pátina retórica fascista. Todo ello reflejaba una voluntad de imitación de los regímenes fascistas, especialmente del italiano, tomado en buena parte como modelo. Pero también los límites de este proceso eran claros. El Fuero del Trabajo resultaba una síntesis de principios fascistas y tradicionalistas; debía mucho al ejemplo italiano, pero también al portugués; se ocupaba del trabajo, lo que gustaba a los falangistas, pero era mucho más radical que el italiano en todo lo relativo al control desde arriba de los trabajadores, lo que seguramente gustaba a muchos más. Los primeros intentos de forzar una sindicalización fascista de la vida económica o de institucionalizar una posición dominante del partido fueron rechazados por el propio Consejo Nacional. En la práctica, todos los avances en dirección fascista parecían concentrarse en una ampliación ilimitada del poder personal de Franco y, por delegación, de su cuñado, Serrano Suñer.

4. La guerra mundial: ascenso y caída de la Falange fascista.

Según la interpretación dominante, la segunda guerra mundial, con la derrota de las fuerzas del Eje, fue decisiva para la evolución de la dictadura franquista. Esta derrota del fascismo habría determinado el proceso de desfascistización y los intentos del régimen por acomodarse a la nueva situación internacional. Por supuesto algo de cierto hay en ello. Pero el cuadro resultaría más completo si acertásemos a diferenciar tres fases distintas sobre la base de las relaciones entre dinámica interior y dinámica exterior. Una primera (1939-1941), en la que la guerra mundial y los éxitos del Eje favorecen una aceleración del proceso de fascistización. Una segunda, (1941-1942) en la que todavía victoriosas las armas del Eje la Falange fascista sufre su definitiva derrota. Y una tercera, (1942-45) en la que el declive de las armas fascistas supone una aceleración del proceso de desfascistización pero dentro de los límites que han quedado

¹⁴ Cfr., J.M^a. THOMAS, *Falange, guerra civil, franquismo*, Barcelona, 1992.

¹⁵ Cf., J. TUSELL, *Franco.., op, cit.*, especialmente capítulo 5.

definitivamente marcados en la fase anterior. De todas ellas, como se infiere claramente de lo dicho, la segunda, la intermedia, sería la decisiva. Veámoslo más detenidamente.

La primera fase, hasta la primavera de 1941, constituye con toda claridad y de modo indiscutible el punto más alto en cuanto a la fascistización del régimen. Podría decirse que en estos momentos la *fachada* es por completo, o casi, fascista. El partido único bajo la hegemonía de Serrano y los más fascistas de entre los falangistas, controla el ministerio de Gobernación y pronto el de Exteriores. La prensa y la propaganda, de la mano de Tovar y Ridruejo, hace de caja de resonancia de cualquier avance en dirección totalitaria, haciendo creer al país que esa y no otra es ya la realidad del Nuevo Estado. Los sindicatos, con Gerardo Salvador Merino al frente, adoptan las pautas y actitudes de un genuino radicalismo fascista. El partido, omnipresente en la calle, se prodigaba en grandes ceremonias y concentraciones de masas. Se organiza el Frente de Juventudes; y la Sección Femenina expande su penetración capilar entre las mujeres. La Junta Política parecía haberse constituido incluso en el principal órgano de dirección política del régimen.

¿Eran así realmente las cosas? Lo eran en tanto que esos eran los objetivos de Falange y que esa amenaza fue percibida como real por el resto de los integrantes del compromiso autoritario y también por el conjunto de la sociedad. Sin embargo estas pretensiones de Falange estaban chocando con unas resistencias fortísimas que, más allá de la fachada y de las apariencias, las estaban bloqueando decisivamente. No me refiero ahora a aquellos áreas clave que, como la economía, la educación o los ministerios militares, habían sido sustraídos desde el principio al control de Falange. Me refiero sobre todo a una dinámica de fondo en la que Falange estaba perdiendo sistemáticamente terreno. Este proceso se producía por arriba, donde los choques con los militares y la Iglesia se multiplicaban, pero también por abajo, donde Falange concentraba la hostilidad de la inmensa mayoría de la población; de la antifranquista, por supuesto, pero también de la franquista. El rechazo a la omnipresencia falangista y a su voluntad de entrar en guerra del lado de Alemania, se combinaban para explicar la magnitud de tal hostilidad.

Los falangistas eran, si cabe, más conscientes que nadie de todo ello. Sabían además que en la guerra mundial se estaba jugando su futuro, que su revolución sólo podría llevarse a cabo sobre la base de la intervención en dicha guerra. De ahí sus campañas a favor del “imperio real” y contra el “imperio retórico o espiritual” de los conservadores. Pero de ahí también su reconocimiento implícito de que su posición no era tan sólida como podría parecer, de que el régimen distaba enormemente de ser auténticamente fascista, de que en realidad estaban más a la defensiva que a la ofensiva, de que la guerra era, en fin, su última oportunidad.

Se trataba de un reconocimiento que se haría explícito en la crisis de mayo de 1941. Es entonces cuando los falangistas lanzan su última, aunque de hecho única, ofensiva. Los datos fundamentales de ésta los conocemos: campaña en la prensa y en sucesivos actos públicos reclamando más poder para Falange y el primado de lo *político* sobre lo *técnico*; intento de eximir de la censura a la prensa del Partido; dimisiones de jefes, ministros y jefes provinciales.¹⁶ Se trataba, pues, de una especie de ofensiva en todos los frentes combinando todas las medidas de presión disponibles. Pero no era ésta la ofensiva del vencedor dispuesto a culminar su obra, sino la de aquellos que veían que la fachada ocultaba una realidad bien distinta. El tono de las cartas de dimisión de los

¹⁶Para la vinculación entre la política interior y la evolución de la II Guerra Mundial son fundamentales las obras de J. TUSELL y G. GARCÍA Y QUEIPO DE LLANO, *Franco y Mussolini*, Barcelona, 1985; y P. PRESTON, *Franco...*, *op. cit.* Véase también, A. FERRARY, *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos*, Pamplona, 1993.

hermanos del *fundador* es en este sentido clarificador. Así, Miguel Primo de Rivera dibujará la situación de un partido desprovisto de “medios y posibilidades mínimas”, con un Consejo Nacional que no se reúne, una Junta Política que sería una “desgraciada simulación”, unas milicias que sólo existirían sobre el papel, un Frente de Juventudes sin mando designado, unos Sindicatos sin rumbo y, en fin, un partido que por carecer, carecería hasta de Secretario General¹⁷. El escrito de su hermana, en la misma dirección, era incluso más patético: en la Falange, lánguida y desorganizada, sólo funcionaría la Sección Femenina lo que, ciertamente, no diría mucho en favor de un movimiento como el falangista definido por su carácter “total, arriesgado, varonil y difícil...”¹⁸

Como se sabe, esta crisis se saldará con un nuevo reequilibrio del que aparentemente habrían salido reforzados los falangistas. De hecho, Pilar Primo de Rivera retiraría su dimisión, su hermano sería promocionado a ministro, y junto a él otros dos falangistas alcanzaron el gobierno, Girón en Trabajo y Arrese como Secretario General del Movimiento. La realidad sería, sin embargo, más compleja. Primero, porque el partido perdía el control de Gobernación y de Prensa y Propaganda, los dos grandes soportes de la *España totalitaria*.¹⁹ Segundo, porque el declive de Serrano iba acompañado del inicio del ascenso de su sucesor como *valido* de Franco, el católico integrista Carrero Blanco. Tercero, porque los falangistas recuperados por Franco serían ya, y definitivamente, falangistas franquistas, sin proyecto político autónomo alguno. Finalmente, porque los acontecimientos sucesivos confirmaron que esa era la línea que se imponía: Gerardo Salvador Merino fue destituido, y los Sindicatos purgados de sus elementos más radicales; con los sucesos de Begoña de agosto de 1942 se consumaría la caída de Serrano y de sus adláteres fascistas.

De este modo el partido volvía a ganar en presencia pública e institucional lo que perdía en claves de subordinación, ahora ya absoluta, directa y sin molestas interferencias, a la figura de Franco. Pero esta subordinación incluía una operación aún más decisiva: la renuncia explícita al propio carácter fascista del partido. En efecto, a partir de 1941 los nuevos líderes de la falange franquista, los Arrese y compañía, pondrían buen cuidado en subrayar el carácter genuinamente *español*, esto es, *católico* y *tradicional*, del movimiento creado por José Antonio Primo de Rivera. Y en fecha tan temprana como enero de 1942 la *Revista de Estudio Políticos* publicaba un artículo de García Valdecasas en el que venía a afirmarse que el totalitarismo falangista, de puro hispánico y cristiano, no habría tenido nunca en realidad nada que ver con los otros totalitarismos²⁰. Esta sería en lo sucesivo la línea oficial. La del régimen, y la de un partido pronto definido como Movimiento y privado de cualquier “tendencia extranjerizante”²¹

¹⁷ Puede verse en J. PALACIOS, *La España totalitaria*, Barcelona, pp. 336-339.

¹⁸ *Id.*, pp. 335-336.

¹⁹ Aparentemente sucedía lo contrario, esto es, con la creación de la Vicesecretaría de Educación Popular de él dependiente, el partido obtenía el control de prensa y propaganda. En la práctica, por la autonomía de que gozó el propio organismo y el talante de su titular, Arias Salgado – cuyo credo político parecía reducirse a un catolicismo cerrado y la absoluta lealtad a Franco–, la Vicesecretaría vino a suponer un paso más en la imposición del Estado sobre el Partido. Cfr., R. Chueca, *El Fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS*, Madrid, 1983, pp. 290-294; A. FERRARY, *op. cit.*, pp. 178 ss. T también F. SEVILLANO, *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1951)*, Alicante, 1998, p. 62.

²⁰ Cfr., José Antonio Portero, “La Revista de Estudios Políticos (1941-1945)”, en *Las fuentes ideológicas de un régimen (España 1939-1945)*, Zaragoza, Pórtico, 1978, pp. 27-54

²¹ Con este subterfugio alude la literatura pro-franquista al proceso de desfascistización. Cfr., L. SUAREZ, *Franco: Crónica de un tiempo. España, Franco y la segunda guerra mundial. Desde 1939 hasta 1945*, Madrid, 1997, p. 318.

Lo que interesa subrayar ahora es que todos estos procesos, todas estas pruebas de fuerza decisivas y el propio inicio de una desfascistización controlada y selectiva habían tenido lugar *antes* del cambio de signo de la guerra mundial. Significativamente, la fase que sigue a las pruebas de fuerza de 1941-42 puede ser explicada también de un modo inverso al habitual. Primero, porque, como se ha visto, no se iniciaría en ella el proceso de desfascistización, sino, en todo caso, la aceleración de un proceso previamente iniciado y encarrilado. Pero, sobre todo, porque fue entonces cuando se establecieron los límites que ese mismo proceso de desfascistización no rebasaría nunca. En efecto, ahora sí, al calor del cambio de signo de la guerra y la progresiva certidumbre de la victoria aliada, se produjo una ofensiva de sectores monárquicos y militares para propiciar una salida monárquica y neoautoritaria al régimen.

Lo realmente decisivo, sin embargo, es que esa ofensiva fracasará, que será eficazmente contenida, resistida y a la postre derrotada por Franco y los sectores fascistizados entre los que cabe situar ya claramente a la *nueva* Falange. Ciertamente, se harán entonces algunas concesiones, como el retroceso de la parafernalia fascista, la aceleración del proceso de “españolización” del partido o la apertura a la idea de la Monarquía. Pero todo esto no hacía sino proseguir una línea cuyas bases y límites habían sido claramente trazadas en la fase anterior, y de forma autónoma. Lo que era nuevo, ahora, es que los militares también se desgastaron en este proceso, perdiendo buena parte de la autonomía y capacidad de interlocución de la que gozaban respecto de Franco. Consecuentemente, el ejército sería en lo sucesivo menos plural y más *franquista*. El poder de Franco quedaba, también por este lado, extraordinariamente reforzado.

5. A modo de conclusión.

1. Muchas cosas cambiaron a partir de 1945. La Iglesia reforzó aún más su presencia social e institucional y el discurso nacional-católico anegó literalmente a los españoles. Las Cortes corporativas, que venían de 1942-43 pudieron ser presentadas como un nuevo tipo de democracia *orgánica y española*. Se proclamó un nuevo *fuero*, este *de los españoles*, que intentaba hacer olvidar algunas de las resonancias fascistas del anterior *del trabajo*. Se estableció la figura del referéndum y se aprobó una Ley de Sucesión que definía a España como reino. Habría elecciones sindicales y hasta municipales. Incluso, aunque muy tarde, se establecieron los Jurados de Empresa; y, más tarde aún, se reconoció el principio de la negociación colectiva. La represión se amortiguó perdiendo algunos de sus rasgos más salvajes y terroríficos.

Cambios importantes, sin duda, pero cambios cuya trascendencia no debe exagerarse. Del mismo modo que no se podía confundir el régimen con su fachada fascista de los años 40-41, tampoco pueden tomarse estos cambios por su *valor facial*. La Iglesia había constituido desde el principio uno de los sectores fundamentales del régimen y el discurso nacional-católico era también el de la nueva Falange. Globalmente considerado, se adecuaba a la perfección al proceso de fascistización de la derecha española durante la II República. Las Cortes corporativas seguían siendo inteligibles como una combinación de elementos tradicionales y de la fascista *dei fasci e le corporazioni*. La Monarquía se remitía al después de Franco y habría de ser franquista. El recurso al referéndum no era por completo ajeno a la “democracia plebiscitaria” fascista. La ley Municipal española de 1945 se inspiraba en la italiana de

1934²². La negociación colectiva la habían tenido reconocida los sindicatos fascistas de trabajadores y los Jurados de Empresa recordaban a los Consejos de Confianza de la Alemania nazi. Es decir, el régimen supuestamente desfascistizado de los años cincuenta y sesenta empezaba a reconocer a sus trabajadores algunos de los derechos que habían tenido reconocidos los italianos o alemanes tres décadas atrás. La suavizada represión se mantuvo en un punto intermedio respecto de la practicada por nazis y fascistas en tiempos de paz. La negación de los principios básicos de la democracia constituyó siempre la razón de ser última del régimen.

En realidad, todos estos cambios, como sus límites, muestran claramente que las bases de fondo del régimen y su dinámica habían quedado firmemente establecidos en los procesos que se desarrollaron entre 1937 y 1945. Fue entonces cuando se fijaron los equilibrios fundamentales en el seno de un compromiso autoritario que, a diferencia de lo sucedido en los países fascistas, se mostraría sustancialmente estable. Un compromiso que descansó siempre en el supuesto de que el gobierno gobernaría por encima del partido único y que éste no podría desempeñar la función corrosiva y cancerígena que en los países fascistas apuntaba hacia la fragmentación del Estado y la desaparición de hecho del gobierno²³. Esta estabilidad suponía el respeto de principio a fin de los intereses de las clases, instituciones y elites tradicionales. Pero suponía también el mantenimiento de retóricas, ordenamientos institucionales, mecanismos de organización y control, y prácticas represivas de inequívoca procedencia fascista. Franco fue siempre la clave del arco de ese compromiso autoritario estable. Y el partido, que nunca fue el elemento dinámico y a la ofensiva, tampoco desaparecería nunca. Incapaz en los primeros años de hacer evolucionar el régimen en una dirección genuinamente fascista, se mantendría hasta el final como un pilar fundamental del poder de Franco y como un obstáculo decisivo para una eventual desfascistización total del régimen. La figura del “perro del hortelano” sería probablemente la que mejor reflejaría esta situación.

2. Si, como se ha visto, las claves de la evolución del régimen se sitúan en 1936-1945, es también en ese periodo donde encontramos el marco comparativo fundamental. Parece claro igualmente que dentro de ese marco el punto de referencia se halla en aquellos regímenes intermedios, como los de Rumania, Austria, la Francia de Vichy o Portugal, que hemos visto denominar como parafascistas o fascistizados. De entre todo ellos es, probablemente, el régimen de Vichy el que presenta más semejanzas con el español. Parte de la misma debilidad relativa del sector fascista. Desarrolla la misma retórica de la “revolución nacional” antidecadentista, antiliberal y antiparlamentaria. Quiere restituir a la Iglesia y la familia como pilares de la sociedad. Hace de comunismo y masonería sus dos grandes enemigos y se obsesiona en la depuración de los maestros. Establece un sistema corporativo, adopta una *Charte du Travail*, elementos del estado policiaco, organizaciones de masas y hasta una *Milicia*. Debe mucho al pensamiento de *Action Française*, pero también a los ejemplos italiano y alemán. Los componentes del compromiso autoritario son los mismo que en España, como lo es la hegemonía conservadora en su seno y una presencia sobresaliente en los primeros momentos de los sectores más conservadores y tradicionalistas. Hasta las figuras de Franco y Petain guardan más semejanzas entre ellos, en cuanto a su

²²Aunque, irónicamente, el sistema español terminaba por conceder menos márgenes de autonomía al poder local que el italiano. Cfr., M. MARÍN, “Franquisme i poder local. Construcció i consolidació dels ajuntaments feixistes a Catalunya, 1938-1949”, *Recerques*, n. 31 (1995), pp. 37-52.

²³A. J. DE GRAND, *Fascist Italy and Nazi Germany. The ‘Fascist’ Style of Rule*, Londres y Nueva York, 1995.

procedencia militar y sistema de valores, que respecto de Hitler o Mussolini. Como sus correligionarios españoles, Déat bramará contra la supremacía de los técnicos sobre los políticos. Los sectores fascistas aparecen siempre en posición subordinada, aunque en Francia tienen más próximo al ocupante nazi y podían derivar sus inquietudes hacia la colaboración con él. La *Legión des volontaires français* funcionó como el equivalente de la división azul española. Y el fascista Doriot no encontró, como su correligionario español, Ridruejo, mejor salida para su revolución que marchar al frente ruso.

En todo esto coincido plenamente con el planteamiento de R. Griffin y otros autores. Difiero de aquél, sin embargo, allí donde presenta a Vichy como ejemplo emblemático de régimen para-fascista, y como el más completo de entre los de esta categoría²⁴. Creo que ese papel, por usar mi propia denominación, el de régimen fascistizado por excelencia, le corresponde claramente al franquista. El de Vichy pudo serlo en algunos aspectos, como en lo relativo a la política anti-semita, el papel de la Milicia, o, ya en sus momentos finales, cuando la intervención directa alemana en la política interna francesa se hizo más acuciante. Pero lo fue menos en algunos aspectos sustanciales. El régimen fue siempre más plural, en parte por la propia división de los fascistas franceses, y no llegó a imponerse un partido único. El mismo Petain no fue tan lejos en la línea de la fascistización como Franco y era, desde luego, bastante menos sanguinario que él. Además, la misma situación de Francia como país derrotado y parcialmente ocupado deja más lugar a las claves externas que el caso español; lo que de algún modo, complica su clasificación como emblemático. Finalmente, la larga duración del régimen de Franco y el peso determinante en su evolución de las claves internas lo hace mucho más apropiado desde el punto de vista de la elaboración y confrontación de los distintos modelos historiográficos.

3. Hechas estas salvedades, puede reconocerse efectivamente a la Francia de Vichy como el referente más próximo al régimen franquista. ¿Hay que extrañarse de ello? En absoluto si desterramos construcciones modernizadoras, funcionalistas o teleológicas. Como hemos visto, las clases medias en la España republicana se comportaron en lo fundamental como las francesas. Pero esta es una circunstancia que no tenía nada de novedoso. Por una parte, los republicanos y la izquierda española habían tenido siempre como punto de referencia a Francia y eso mismo había sucedido, en un sentido más amplio, en el ámbito de la cultura. Por otra parte, esa fuerte tradición republicana pudo funcionar, como en el caso francés, como elemento de bloqueo de la penetración del fascismo entre las clases medias.²⁵ También la derecha española había tenido como referente fundamental desde inicios del siglo XIX a la francesa. El esfuerzo de modernización del pensamiento contrarrevolucionario en la España republicana llevado a cabo por *Acción Española* tiene a la maurrasiana *Action Française* como punto de referencia fundamental. Ciertamente, los conservadores y reaccionarios españoles en el periodo de entreguerras empezaron a mirar simultáneamente a la Italia fascista y, menos, a la Alemania nazi. Pero esto es, justamente, lo que estaban haciendo por entonces sus homólogos franceses. Nada de extraño, pues, que los procesos resultantes fuesen también similares.

En cierto modo la pregunta clave es la siguiente: ¿por qué los españoles que habían mirado siempre a Francia y que cuando miraron en otra dirección lo hicieron desde los mismos supuestos y con los mismos objetivos que lo hacían los franceses debían comportarse súbitamente como los italianos o alemanes? Realmente, hay algo de paradójico en todo esto. Estamos tan acostumbrados a pensar en España como el país

²⁴ R. GRIFFIN, *op. cit.*, p. 134.

²⁵ Cf., P. MILZA, *Fascisme français. Passé et Présent*, París, 1987

que siempre quiso ser Francia y que nunca lo consiguió, que cuando más se va a parecer a ella miramos hacia otra parte. Posiblemente esto tenga algo que ver con la vieja tendencia a recurrir a los grandes modelos historiográficos para explicar lo que *no fue* o lo que *no pasó*, en lugar de construirlos, confrontarlos y modificarlos en tanto que instrumentos imprescindibles para explicar lo que *sí fue* o *sí pasó*. Es posible que tenga que ver, también, con la notable propensión a confundir comparación con homologación. Pero esto empieza a ser ya, tal vez, otra historia.

*"El primer franquismo", en Juan C. Gay Armenteros, ed., Italia-España. Viejos y nuevos problemas históricos, Ayer, n. 36, 1999, pp. 201-221.